ESPEJO TRANSPARENTE

Haciendo, iba, poco a poco
su discurso para doblarlo
en silencios de noche.

Cristina Ruiz

Aguardando el milagro cae el castillo
de carbón, demasiada ambición
hemos gastado para anular el curso
del torrente, sin dar fe a la fe,
qué desperdicio, mi cuerpo o
el estiércol con que lucho cada día
apurando el humo, un poco más cerca
la asfixia que nos hace olvidar a la luna,
tan blanca, tan arriba, tan tardía,
y el cielo, el teatro de escenario hueco,
hueco, hueco, pero de llanto saciado,
un adiós sin despedida, la cara vuelta
al infinito, que es la muerte más,
más, más allá del crepúsculo,
y el martillo golpeando,
y la arena golpeando,
y el viento golpeando,
y golpeando los días, las horas,
los minutos, los segundos.
En la colina, madre, en la colina,
pisadas de terraplén sin horizonte,
mi alma abandonada, Fausto,
por qué me persigues, rompe
Merlín impotente sus poderes,
la avispa, la avispa, el mundo
se está cerrando en muertes paralelas,

esta ceguera, madre, de barro, soledad
y pena ronca su oscuridad,
te compro toda tu magia, qué puede importar
el precio de la alegría, un túnel oscuro,
o s c u r o ,
no te rías de los espejos que maldicen tu figura,
imaginada ya la desventura postrera,
perdido tu halo, hálito, hábito
de correr tras las s o m b r a s ,
pueden vernos desde fuera, o quizá también
desde dentro de un vaso de agua,
qué amargo es este cianuro con harina negra,
tu último secreto que sin solución se pudre,
el castillo, resbala la mar sin campanas,
despréndese el silencio y tu amor, perdido siempre
entre las hojas de un cuaderno blanco,
para derribar mi balbuceo
o alimentar mi terror.

*

Dolor de verte amanecer en silencio,
intemporal en tu reproche inmóvil
que descubre mi retorno al castigo,
pero en dónde la culpa,
afincado en el sur de un día triste
abrazando las hojas de fuego
que se borran detrás de un pálido
retorno pálido al espanto, viñas,
Jerez, Jerez es indemostrable desde
los diez puntos no cardinales
de la desesperación o abandono, lejos
el norte y la palabra, el deseo
de romper tu voz, quiero dormir,
dormir, dormir, Musset,
recuenta sus espinas, el viejo sueño
de que arda la aérea danza, la confesión
de mi inutilidad mutilada,
no hay tiempo para entrevistas
de penúltima hora, forzada la cadena
de celuloide, nace sin ventura mi historia
—la noche, mientras, consume su velatorio—,

pero ya sé que no fue traición
lo que me vendías por unas pocas
palabras con acento, acento de brasas, algo verdes
por la menta con hielo a pequeñitos sorbos.
Cuaja la oscuridad su espesura,
escapar a la selva donde la hoguera no existe,
donde cada mañana se baña el sol
en arroyos de limón y tomillo,
donde la noche se aclara con espuma de savia y resina;
si pudiera vivir hasta mañana tan sólo,
una sola cereza roja, roja, antes de morir
o aderezar la eternidad con mi blasfemia
jamás concluida, acumulando inocencias,
eternidad en una nota de verano que se enfría,
llueve el desconsuelo, a gotas el suicidio se
condensa en las brumas del insomnio y del humo.
Las madrugadas se arremolinan buscando
calor, dos brazos de energía te daré
en mi próxima vigilia, daremos la vuelta
a la esquina intentando o inventando burlar
el humo, el humo, el humo,
el hilo interrumpido de la medianoche
que ya no nos dejará respirar.
Tal vez a través de la niebla
recobremos la luz y la sonrisa.

*

De miradas ebrio, el mar se desconcha
en lágrimas azules lamiendo la paz
entre huracanes eurrítmicos,
páginas de sombra y alaridos;
coloca el mesonero dos nuevas jarras,
hay que disolver tantas rabias,
la lluvia que cae del infierno
hasta nuestros días, la historia
repetida, repetida, diecisiete veces,
para ti, para mí la playa seca, vacía,
cargada de preguntas, pero seca y vacía.
Tambores de condena jugando al espanto,
es el último despertar sin poder esconder
los hilos de pobreza en fríos cristales de invierno frío,

buscando una nueva locura, se esfumaron
los cuentos donde era noticia la vida
que no se ve, pero sí se ve, tiembla
húmeda la sonrisa entre los hombros,
hundido se agita el martillo, traedme
el martillo, gris rebota la inteligencia
entre recuerdos y confusiones.
Aquel día en que los nombres
no eran ya la agresión del pretérito
púdose alterar el ritmo del viento,
caen las nubes manchadas de ilusión
y tristeza y se levanta el quejido de la tierra
hasta la bóveda taciturna del alba.
Y hay que desandar el camino,
retornar a la zanja donde están ausentes
los colores, impregna el rocío la memoria,
suplicio o naufragio que mastico
inerme mientras va desintegrándose la arena,
fin de trayecto, el centro de gravedad
gravita sobre el vacío, seca
la bom-ba antes de que pueda estallar
la ansiedad molecular, la fiesta
tardía e imposible arde en la distancia
de ese abrazo soñado que no se estrecha,
rebota el ruido una y otra vez,
nada tienes ya que decirme, lo sé,
y, sin embargo, sigo queriendo palpar
tu grito extraño si no puedo
derrotar tu voz ni tu mirada.

*

Lagrimea en el exilio la noche su desconsuelo,
Papá Noel sueña sobre su saco vacío,
los gnomos mañana sonreirán
por última vez convertidos en espuma,
no ignorando acaso que la vida es
la misma mentira que la muerte,
el d e s v a n e c i m i e n t o de la ilusión
antes de llegar a la orilla, melancólica
la mar rehúye mi conquista y guarda
su corazón de plástico y nácar en su reino
de preguntas, quién se quedará a escucharme,

algún rostro ovalado de amargura,
la bolsa de ceniza ardiente
se derrama en la mar, la mar,
sombrío, quiero decir lacerado,
el a-mor a-mor-dis-cos en esta noche
de persecuciones entierra
su última bandera descolorida.
Azul abanica la tormenta
su descargo de conciencia, cuál conciencia,
allons, enfants, en nuestra próxima parada
abandonaremos para siempre la mar,
el cuerpo del misterio y del ocaso,
duérmete, mi niño, porque mañana
no vamos a despertar ya más.

EUGENIO COBO

Calatrava, 36
MADRID-5